

CAPÍTULO 13
ELEMENTOS
DE LA CULTURA RURAL

INTRODUCCIÓN²⁹

Existe ya una amplia bibliografía que ha puesto de manifiesto los cambios profundos que se están dando en la sociedad rural, cambios que afectan a la demografía, a la estructura de la ocupación, al trabajo en la agricultura, a los equipamientos, a las rentas, a la importancia de las asociaciones, etc. Como es obvio, no ha sido ajena a estos cambios la cultura rural que tradicionalmente ha actuado como argamasa y expresión del conjunto de la sociedad rural. La cultura rural, entendida como “marco general de valores, normas, actitudes y comportamientos que orientan y definen lo que deben hacer los individuos que forman parte de una colectividad (López Casero, 1994, 334) ha evolucionado y se ha transformado siguiendo las pautas de la modernización de la sociedad; pero estos cambios no han modificado, probablemente, los elementos específicos que la definen.

Hasta los años cincuenta se puede decir que pervivía un modelo de sociedad rural que se caracterizaba por su tradicionalismo, su espíritu cerrado y endogámico, su excesiva dependencia de las fuerzas de la naturaleza, y su individualismo y fuerte cohesión social. Pero las diferencias que existían entre la sociedad rural tradicional y la urbana se han ido estrechando, lo que ha provocado un cierto acercamiento entre ambas culturas. El intenso proceso de desruralización, desagrarización y urbanización de la sociedad española fue erosionando las señas de identidad características de la sociedad rural-agraria tradicional, y ha dado paso a un nuevo modelo en el que se acentúa la convergencia de ambas culturas. El incremento de las interrelaciones entre el medio rural y el urbano, el uso cada vez más generalizado de pautas comunes de consumo y la universalización de los medios de difusión de masas, son alguno de los elementos que han propiciado el acercamiento.

Visto el problema desde lo urbano, hay que notar la penetración de usos y costumbres rurales, sobre todo en los barrios en los que vive la población migrante rural. Estos nuevos moradores han incorporado, o no

²⁹ En la redacción de este capítulo he contado con la colaboración de Pedro Izcarra Palacios que me ayudó a organizar e interpretar las ideas de los grupos de discusión.

han perdido, ciertos hábitos y costumbres rurales, que han mitigado en parte los contrastes entre estas dos culturas.

Todo esto ha conducido a una fuerte interrelación entre ambas culturas y, probablemente, a una convergencia cada vez mayor. Sin embargo, sería erróneo concluir de todo ello que nos encontramos ante un proceso progresivo de desaparición de los rasgos y notas definitorias de la cultura rural y a su posible sustitución por otra, en la que interactúan elementos de una cultura convergente. Probablemente algo de esto está sucediendo, pero sin negar, también, que el proceso de modernización de la sociedad rural ha sido concomitante con otro de revalorización y de recuperación de ciertos rasgos específicos y distintivos de esta cultura: la recuperación de espacios y tradiciones que en algunos casos ya habían desaparecido (a); la apuesta por preservar expresiones y ritos que hasta hace poco parecían olvidados y obsoletos (b); el respeto con el que se miran comportamientos y costumbres muy arraigados entre los mayores (c), son alguno de los signos que indican la pervivencia de un modo de vida algo distinto.

En este capítulo se pretende profundizar en estos aspectos, delimitando algunas notas o rasgos que definen la cultura rural. Se han seleccionado como signos de diferenciación el hecho religioso; las relaciones de género; la interacción social; las clases sociales o la igualdad social, la valoración del espacio y del tiempo; y ciertos contrastes específicamente culturales, tales como la importancia del ahorro frente a la ostentación; los límites de la permisividad social, el empleo y la pluriactividad, y la oferta de diversiones para el ocio y el tiempo libre; finalmente, se hace una breve alusión a la ideología y al pragmatismo electoral, resaltando los usos concretos que los rurales hacen de la política.

La reflexión y las conclusiones están basadas en una metodología cualitativa, reuniones de grupo y entrevistas en profundidad, que se desarrollaron a lo largo de dos fases. En una primera, se realizaron reuniones de grupos de discusión en municipios de las provincias de Burgos, Badajoz, La Rioja, Huesca y Almería; estos grupos, y una veintena de entrevistas en profundidad, fueron la base para definir con más precisión el problema que queríamos investigar, problema que posteriormente fue abordado mediante otros seis grupos de discusión que se realizaron durante el mes de septiembre de 1998 en seis municipios de La Rioja.

El perfil de estos seis últimos grupos es el siguiente: Uno de los grupos de discusión fue realizado con tres sacerdotes que ejercen su misión en pueblos rurales (G1); en otro, se recabó la opinión de un grupo de maestros (G2) que posteriormente fue contrastada con un grupo de jóve-

nes (G3) con edades que oscilaban entre 20 y 40 años, solteros y casados. En otro grupo (G4) se palpó la opinión de hombres de unos cuarenta años, vinculados a la agricultura y a otras actividades; en otro (G5) se reunió a mujeres solteras y casadas y, finalmente, en otro grupo (G6) se convocó una reunión a la que asistieron más de una veintena de personas y en la que participaron tanto veraneantes, hijos del pueblo que estaban disfrutando de sus vacaciones, como residentes en la localidad. Estas informaciones, después de ser transcrita y analizadas, han permitido desarrollar alguno de los ejes que definen y delimitan la cultura rural, tal como se desarrolla en este trabajo.

I. LA ESPECIFICIDAD DEL HECHO RELIGIOSO

La religión es un elemento fundamental tanto de la cultura rural como urbana; sin embargo, en el medio rural la religión presenta unas notas distintivas que hacen que el hecho religioso tenga su propia especificidad.

Lo sustantivo de la religiosidad no se encuentra en el hecho de que los rurales sean más religiosos que los urbanos, (desde luego algo más practicantes sí lo son), sino en el papel que ejerce la religión sobre la colectividad (García Sanz, 1997: 411). La religión en el medio rural, a diferencia de lo que ocurre en la sociedad urbana, es un elemento estructurante de toda la vida social, papel que no ejerce en la ciudad o en los pueblos grandes o no rurales. Lo es, porque sobre lo religioso pivota una buena parte de la vida social, y lo es, por el control, aunque relativo, que todavía ejerce el fenómeno religioso sobre las conciencias individuales.

Durante los últimos años se ha producido en el medio rural un descenso importante de la práctica religiosa, que ha dado lugar a una relativa escisión generacional entre los jóvenes y las generaciones mayores. En las personas de mayor edad la práctica religiosa sigue siendo muy alta, pero a medida que se avanza hacia cohortes generacionales de menor edad, ésta va descendiendo, hasta el punto de que en muchos casos, y especialmente entre los jóvenes, se ha quedado en un fenómeno casi más que nada testimonial y, en muchos casos, casi únicamente social. La asistencia a una boda, a un entierro, a la misa de la fiesta del pueblo, o a los oficios de la Semana Santa, son alguno de los compromisos que aún quedan en la conciencia de la comunidad.

“En la práctica normal y corriente hay un descenso impresionante, impresionante”. (G.1: 1).

"El sector de cincuenta para abajo hasta veintitantos o hasta veinte es casi nulo o escaso, es muy escaso." (G.1: 11).

El descenso en la práctica religiosa se manifiesta no sólo en la asistencia a los actos religiosos cotidianos, sino, en la forma de participar en ellos. Cada vez hay más personas que asisten a estos actos, pero sin participar en su celebración; crece el número de los que asisten, pero no llegan a integrarse en lo que se celebra.

Ahora bien, este alejamiento de lo religioso de la práctica habitual de los individuos no ha mermado la importancia social de la religión, que es querida y aceptada por todos como un elemento importante y necesario de la vida de la comunidad. Se ve como una necesidad la presencia de la Iglesia, que haya cura, que se siga practicando la religión, aunque haya mucha gente que no lo haga, porque faltaría algo importante en la vida de la comunidad.

Cada vez quedan menos signos de cohesión social, y los pocos que van quedando hay que defenderlos y cuidarlos; éste es precisamente el valor de la religión, que desempeña una importante función de cohesión social y al mismo tiempo ayuda a la comunidad rural a expresar y vivir la solidaridad entre la gente. Por el hecho de que lo más importante es compartir, aunque sea bajo el barniz de la religión, se lleva al difunto hasta el cementerio, se pertenece a una cofradía, se acompaña en una procesión o se hace una dádiva a la virgen.

"En los pueblos casi todos van a los entierros, pero es una norma social, porque muchos de ellos no entran ya dentro, muchos se quedan y solamente es el hecho de trasladar al cementerio, y en el cementerio es mucho más, siempre aumenta mucho más que lo que se realiza en el interior de la iglesia. Y lo mismo en las bodas o en otras celebraciones". (G.1: 3).

Pero el hecho religioso no sólo cumple una función social sino que sigue interviniendo, también, en las conciencias individuales. Algunas de las manifestaciones distintivas del hecho religioso podrían ser las siguientes:

– Se sigue cultivando una cierta relación con el párroco; aunque éste ha perdido el papel social preponderante que tuvo en el pasado; conserva, no obstante, una cierta influencia que suele ejercer, pero de una forma más difusa.

"En los pueblos esto todavía no se da porque la relación con el cura, saben quien es el cura" (G.1: 2).

– En las áreas rurales el concepto de “fiesta” aparece ligado al concepto de “celebración religiosa”, no siendo operativo en la práctica el concepto de “fiesta civil”. Lo que marca la diferencia entre un día de fiesta y un día de labor es la celebración de un acto religioso, la misa de mediodía. El tocar a misa y su celebración marca el momento en el que se moviliza la gente. Antes de la misa verás a poca gente en el bar, pero una vez que se ha celebrado parece que la gente tiene un cierto permiso para empezar a festejar.

“Las fiestas que hay ahora son civiles y religiosas, otras como la Constitución son sólo civiles y otras son sólo religiosas. El día que es sólo fiesta civil, que no hay acto religioso, en los pueblos no es fiesta. Dirán los que son obreros que es fiesta. Vas el día de la Constitución por cualquier pueblo de La Rioja y es un día normal y corriente. Sin embargo, si es fiesta religiosa, que ha habido misa a mediodía. En ese sentido, la cuestión religiosa hace que un pueblo tenga apariencia de fiesta o de día de trabajo”. (G.1: 4).

– Recibir los sacramentos, aunque la práctica religiosa sea casi nula, es un factor importante de cohesión social. Así, aunque existen matrimonios civiles y hay parejas que no bautizan a sus hijos, en las áreas rurales existe un rechazo social generalizado hacia estas prácticas. Los matrimonios civiles son contemplados como algo muy negativo, no se consideran matrimonios, de modo que cuando un hijo no se ha casado por la Iglesia subyace un sentimiento de fracaso familiar.

“Los matrimonios civiles no son aceptados en general. Son muy pocos los matrimonios civiles que se celebran en los pueblos... Todos lo ponen como un punto negativo.” (G.1: 4).

“La iglesia todavía está presente... Pues, muchas veces te casas por la iglesia porque a tu padre y a tu madre si no te casas por la iglesia les da un síncope... No merece la pena darle un disgusto, para qué? Para hacer media hora de teatrillo; pues lo hago y ya está.” (G.3: 20)

– Sigue existiendo una ligazón entre la religión y el poder político. El hecho de que el rito religioso cumpla una función de cohesión social hace que el poder político en el medio rural no pueda ser indiferente al hecho religioso. Los primeros bancos siguen reservándose a las autoridades, el

alcalde y los concejales, que participan en estos actos, independientemente de su signo político.

“Una tradición que todavía no está quitada en absoluto es la cuestión de religión y poder. Es que ni se plantea. En este tipo de celebraciones tienen que venir todos los concejales, el alcalde, posiblemente dos o tres políticos de fuera, que tomen las primeras bancas, como siempre, como toda la vida.” (G.2: 7)

– El hecho que pone más al descubierto la importancia de la religión es la recuperación de las fiestas patronales. Durante los últimos años se ha producido un proceso de recuperación de ciertos ritos, tradiciones y expresiones populares de carácter eminentemente religioso, que en muchos casos ya se habían perdido, y en otros se encontraban en progresiva decadencia, o en proceso de desaparición. El interés por estos actos no significa que la población rural se esté haciendo cada vez más religiosa, sino que se trata de una ocasión y un medio para fortalecer la identidad colectiva. Son ocasiones para acentuar los lazos de la cohesión social que no es bueno que desaparezcan.

“La manifestación de los hechos religiosos ya se queda a ciertos días determinados y concretos, y en eso sí que está apareciendo un aumento. Te hablo por ejemplo de las fiestas o cualquier cosa a celebrar o que haya algún motivo semi-religioso. En eso se está viendo como una especie de aumento.” (G.1: 1)

“Luego, el tema de las fiestas, de la Santísima Virgen del Prado, no digas nada en contra de la Virgen del Prado. Aunque uno no se acerque a la iglesia.” (G.2: 7)

“Yo pienso que cuanto más pequeño es el pueblo más las vives (las fiestas).” (G.3: 12).

Pero es en la celebración de las fiestas en donde se expresa con más nitidez la identidad local; la permisividad individual, junto a una cierta exaltación de todo lo que suena a colectivo o social, forma parte de los ingredientes de estos acontecimientos. Como ha señalado Rosario Otegui (1990, 95 y ss) la mecanización y la emigración masiva han eclipsado la celebración de ciertas fiestas tradicionales y han acentuado las celebraciones de verano.

Obviamente, la búsqueda de raíces que alimenta la cohesión social no se circunscribe únicamente al hecho religioso, sino que implica también otros muchos ámbitos de la cultura popular. La recuperación de costumbres tradicionales laicas que habían desaparecido, como ciertos elementos del folklore como músicas y danzas populares, forman parte también de esta recuperación rural, que quiere marcar diferencias con los elementos de otras culturas.

“Sí que se están reverdeciendo esas tradiciones o costumbres, a la gente le está encantando mucho por ejemplo lo que logramos hace años, que volviesen a danzar. Después de muchos años aquí no había danza. Recuperamos los textos, las músicas, y pudimos contactar con un amigo mío que está muy metido en el mundo de las danzas riojanas, y vino aquí, y les enseñó a danzar.” (G.2: 11).

II. LA DIVISIÓN DE GÉNEROS

En el medio rural sigue abierta una profunda grieta entre varones y mujeres, más profunda que la existente en la ciudad; las oportunidades de empleo están muy masculinizadas, existiendo una acusada escasez de ofertas de trabajo para la mujer. Mientras los varones tienen una facilidad relativa para acceder al mercado de trabajo desde una edad muy temprana, muchas veces siguiendo el oficio del padre, la mujer, por el contrario, encuentra muchas dificultades, siempre mayores que los hombres, para abrirse un hueco. Esto conduce a que los varones dejen muy pronto los estudios para comenzar a trabajar y adquirir una independencia económica, mientras las mujeres están más motivadas a seguir estudiando como camino necesario para prepararse para emigrar. Las peculiares características del mercado de trabajo rural determinan, por lo tanto, una temprana división de géneros. Los varones se incorporan de una forma más temprana al trabajo, que no siempre es el agrario, mientras las mujeres optan por prolongar la etapa escolar, muchas veces en la ciudad. Todo ello provoca una doble escisión: la descompensación de sexos y un fuerte desequilibrio en la formación.

“Ellas en general están más motivadas. Y claro, éstos dicen, y ahora tienen dieciseis años, ya me han dejado en

paz, entonces ¿qué hago?, si pasado mañana me meto a poner cuatro ladrillos y este mismo sábado ya me dan veinte mil pesetas. No tienen más que esas miras en general. Como ese tipo de trabajo son trabajos masculinos, que requieren un ejercicio físico y una fortaleza física.... Entonces no te puedes meter en la ferralla, que es un trabajo muy duro, o meterte en la construcción. Esa vía para ellas no existe. Entonces, continúan estudiando, y el dinero rápido no les atrae tanto como a éstos.” (G.2: 12)

“No hay mujeres solteras; sin embargo, hombres solteros sí que hay. Este pueblo es agrícola. Un hombre soltero puede estar llevando la agricultura. Se queda aquí una chica con cuarenta años y qué hace, no puede hacer nada, tiene que buscarse la vida en una ciudad.” (G.4: 4)

Por otro lado, existe también, una marcada escisión entre los aspectos de carácter cultural y los político-económicos. Mientras los primeros están muy feminizados, los últimos están muy masculinizados. El mundo de la política y de la economía pertenece a los varones, en cambio el de la cultura a las mujeres. Por una parte, los hombres ocupan los cargos políticos y forman parte de las asociaciones de carácter económico, no así las mujeres, que están todavía muy poco representadas en estos campos. Por el contrario, la educación de los hijos y la administración de los recursos de la esfera doméstica (Lisón Arcal, 1986:101-104) compete únicamente a la mujer, y son ellas las que asumen casi en exclusiva la responsabilidad que se deriva de estos campos: decidir el gasto doméstico, hablar con los maestros, participar en reuniones, hacer un seguimiento de los estudios de los hijos o procurar que cumplan con sus responsabilidades escolares.

“En las reuniones de la cooperativa todos son hombres... Hay que hacer una reunión en la escuela, vienen mujeres.” (G.2: 14)

La escisión generacional entre las mujeres jóvenes y las más mayores es otro aspecto importante que define la cultura rural. Estas últimas, las más mayores, prefieren los espacios cerrados, ocultos, y permanecen mucho tiempo en la casa (Lisón Arcal, 1986:144; Antón, 1993: 76). Para ellas es un tabú salir de casa para ir a divertirse, y todavía consideran una transgresión de las normas un acto tan cotidiano como entrar en un bar (Pitt-Rivers, 1989: 116); a lo más que llegan en los ratos de ocio es a salir

a la fresca a la puerta de la casa para charlar con las amigas. Así, es habitual que las mujeres en los pueblos, por la tarde, una vez terminadas sus tareas domésticas, salgan a la puerta de sus casas, reuniéndose en corros en los que se comenta lo que ha sucedido recientemente en la comunidad, criticándose aquellas conductas que no se ajustan a la norma. Estos espacios se convierten así en espacios de control social (Otegui, 1990: 71).

“Esa gente prefiere sentarse en una silla a la puerta de la calle, que ir a tomarse un café. Porque aquí de cuarenta para arriba, ¿qué mujer va a tomarse un café?” (G.3: 19).

“Antes la gente, salir las mujeres al bar (bueno). Me acuerdo que hace unos cuantos años que estaba todavía mal visto. Cosa que ahora vas a tomar café como uno más.” (G.5: 9).

Por el contrario, las más jóvenes, están marcando una cierta ruptura con la tradición y acceden cada vez con más normalidad a los espacios de ocio reservados a los hombres. Esto es sin duda una de las consecuencias de la escisión generacional-ocupacional existente entre las mujeres maduras y las jóvenes. En las primeras hay una preponderancia del trabajo familiar y doméstico, frente a una relación laboral más extrafamiliar y extradoméstica en las jóvenes. Estas últimas, frente a la dependencia que fluye de las relaciones familiares domésticas, buscan una mayor autonomía personal, bien a través de los estudios, o bien por medio de su incorporación en los sectores industrial o de servicios (Mazariegos et alia., 1991).

Finalmente, también hay que destacar que la condición de la mujer rural y la relación inter-géneros ha sufrido un notable cambio durante los últimos años, como reflejo de la influencia de la cultura urbana, aunque la realización de muchas tareas, sobre todo las vinculadas a la casa, se miran como algo totalmente excepcional.

“Después vienes a casa y echas una mano, y antes como dice Justí, ha cambiado la mentalidad. Pero de nuestros padres a hoy, en veinticinco años. Yo recuerdo de chaval, en el bar, por ejemplo, una mujer es que no lo pisaba, en las fiestas del pueblo; y hoy, más que los hombres van. Normal como cualquiera. Algo vamos mejorando... Somos menos moros que antes.” (G.4: 25).

“Antes para las mujeres vivir en un pueblo era un poco más difícil si quieres; pero, ahora, el 90 o 95 por 100 tienen coche. Que te tienes que ir a hacer la compra, porque es

más cómodo, no por otra cosa, te bajas a Logroño, estás toda la tarde de compras, te subes.” (G.3: 5).

“Ahora se está dando un cambio de mentalidad, antes no se si por educación o tal, se llevaba el machismo..., ahora se está cambiando esa mentalidad, y el hombre y la mujer se intenta equiparar tanto en la casa como laboralmente. Aquí en los pueblos se sigue con la mentalidad de antes; pero ya los hombres empiezan un poco a incorporarse a los trabajos de casa, cosa que antes les daba alergia.” (G.6: 6)

III. LA INTERACCIÓN SOCIAL

Una de las notas distintivas de la vida rural es el altísimo volumen de relaciones sociales, es decir, la densidad social. Frente al anonimato con que transcurre la vida urbana, el reducido tamaño de las áreas rurales, donde todos se conocen, se traduce en unas relaciones sociales más intensas, más densas. En el medio rural nada sucede de forma anónima y nada de lo que ocurre es indiferente a los demás. El nivel de comunicación interpersonal es muy elevado, y abarca a todos los habitantes del pueblo. Nunca son indiferentes a los demás. Cada vez que se produce un acontecimiento extraordinario, sea bueno o sea malo, hay que preguntar; si se encuentran por la calle están obligados a pararse y saludar, etc.

“La diferencia sigue siendo clara, y básicamente porque todo lo que ocurre pasa por ti. Hay un nivel de convivencia alto.” (G.2: 3)

En el medio rural, el universo de interacción social es global. Mientras en la ciudad las relaciones interpersonales están muy circunscritas a grupos homogéneos generacionales y/o profesionales, en los pueblos éstas son más amplias y universales. Por supuesto que los grupos generacionales y profesionales tienen sus propios marcos de relación, pero éstos no se yerguen en muros que impiden la interacción y comunicación con otros individuos y con otros grupos. Si bien la interacción social es más intensa dentro de la “cuadrilla de amigos” o entre los grupo de pares, no se circunscribe ni se encasquilla dentro de ellos.

“Aquí hay más comunicación, la cuadrilla; siempre tienes la cuadrilla de amigos. Puedes hablar con cualquiera,

con gente mayor, con gente más joven, con gente de tu edad. Hay más comunicación.” (G.3: 4)

“Cuando marchó mi hija a estudiar a Logroño, todos los días pues, volvía el fin de semana, y fíjate un detalle, dice: “ay chica, que alegría me ha dado; pues, qué pasa, “nada, que he doblado la esquina y me ha movido el rabito el perro de la vecina”, dice: “en Logroño, ni los perros se saludan.” (G.2: 3).

Esta mayor interacción social, se traduce, asimismo, en un mayor grado de solidaridad, que se manifiesta sobre todo en situaciones difíciles. En estos momentos es cuando los lazos de solidaridad se hacen más patentes y necesarios. Si ocurre una desgracia a cualquier persona de la comunidad, ésta sabe que puede contar con los demás, y que va a tener el apoyo incondicional de sus vecinos. El individuo se encuentra, pues, mucho más arropado por el grupo ante la eventualidad del destino.

“La gente ‘pasa’ más en las capitales que en los pueblos... Hay más solidaridad. Mira, hay un fuego y todo el mundo va a apagarlo, y en la capital a ver como arde.” (G.4: 19)

“Yo creo que los sentimientos en los pueblos, al ser tan pequeños, cuando pasa algo a alguien, parece como no se, como que todo el mundo se siente acogido en ese sentido.” (G.5: 6)

Aunque el pueblo no es la realidad más inmediata con la que se entra en contacto, una vez que se sale del ámbito de la unidad doméstica (Devillard, 1997), constituye, no obstante, un generador muy intenso de solidaridad e identificación, a través de cual se armonizan y aúnan las relaciones sociales existentes en otros grupos: grupos vecinales y grupos de amigos, los cuales generan una identidad y solidaridad, que Rosario Otegui (1990: 77) ha calificado de segmentaria.

IV. LA IGUALACIÓN SOCIAL

Las áreas rurales son espacios en los que se han ido limando las desigualdades sociales. En el medio rural las barreras que separaban a los estratos sociales se han ido difuminando, predominando la igualación

sobre la segmentación. Si en el pasado la posesión de tierras y el tamaño de las explotaciones agrarias era un factor claro de diferenciación y de prestigio social (Comas y Contreras, 1990: 46,) hoy ya no lo es tanto, por lo menos en muchas zonas del país. Si bien todas las explotaciones son cada vez más grandes y los agricultores en conjunto han mejorado su poder adquisitivo, este grupo no se ha distanciado económicamente de los otros sectores de actividad que obtienen proporcionalmente rentas más altas (García Sanz, 1997). Todo ello ha producido un vuelco en la estratificación social rural. Los asalariados agrarios o agricultores con explotaciones muy pequeñas, que hace cuatro décadas constituían la base de la pirámide social rural, o han emigrado o han dejado la actividad agraria para insertarse en otros sectores (industria, construcción o servicios). Como a lo largo de estos años las rentas generadas por la agricultura han evolucionado de forma más negativa que las derivadas de los sectores no agrarios, el resultado ha sido el ascenso de este grupo y el descenso de los agricultores, por lo que ambos se han acercado y se han homogeneizado.

“¿Quién podía ser cacique? Pues el que tenía un poder sobre todo económico... Por aquí existe una agricultura mediana. Si luego sobresalía más, porque tenía una agricultura con más extensión y tenía obreros, pues ese mandaba más. Pero, eso se ha terminado. Hoy el obrero de la construcción o de la industria igual tiene más dinero que él. Por lo menos tiene una seguridad económica.” (G.1: 10).

Por otra parte, los notables del pueblo, el cura, el alcalde, el médico, etc., que en el pasado tuvieron un papel determinante en la estructuración de la sociedad rural, han perdido parte de su influencia. De momento no parece que ningún grupo social haya cogido el testigo, sino que el poder aparece un tanto difuminado entre fuerzas políticas y grupos sociales emergentes. Frente a las personas que desempeñan un cargo público, empiezan a destacar aquellos otros que se preocupan en hacer algo por el pueblo (organizar una actividad cultural, promover acciones determinadas, etc.).

“¿Quiénes son influyentes en el pueblo? Pues, positivamente son influyentes aquellos que hacen algo por todos los demás, y puede ser un señor individual cualquiera, puede ser el cura, puede ser un maestro, u otro cualquiera que

organiza o convoca una actividad cultural.... En un pueblo puede ser uno, y en el otro, otro, y en el otro, ninguno.” (G.1: 10 y 11)

En el pasado, salir del pueblo para ir a trabajar a la ciudad constituía un claro signo de ascenso social. Sin embargo, para los rurales la ciudad tiene un atractivo cada vez menor al haberse producido un proceso de revalorización de la vida rural entre los propios habitantes de los pueblos. Ahora bien, tener que dejar el pueblo para trabajar en la ciudad no aparece asociado a la idea de subir de estatus social; es más, hay una preferencia por el pueblo. Entre los jóvenes que viven y trabajan en el pueblo y aquellos que trabajan en la ciudad y vuelven los fines de semana al pueblo, lo que predomina es la igualdad social.

“Entonces, a mí me gusta esto, es que esa es la diferencia; ahora nosotros estamos seguros de que nos gusta esto, y lo demás no lo queremos... Todos tienen que ir a trabajar. Entonces, claro, si tengo que desplazarme mucho con el coche, igual me compensa ir a la ciudad. No, me voy a una capital y parece que subes de estatus. Ahora piensan al revés, se marchan forzados. Antes había más pensamiento de que se vivía mejor en una capital.” (G.3: 7)

Ahora bien, el predominio de la igualdad social ha generado en los habitantes del medio rural la necesidad de reafirmar de otra forma el propio estatus social; se busca sobresalir sobre los demás y marcar diferencias; cuando los signos del pasado ya no valen o han perdido su importancia se buscan otros a través de los cuales se pretende definir el papel que cada uno ha de jugar en el entramado de la comunidad.

V. EL ESPACIO Y EL TIEMPO

El espacio, la calle, y el tiempo, el cronos, son dos ámbitos que introducen marcadas diferencias entre vivir en un medio o en otro.

En la ciudad la calle es exclusivamente un lugar de paso, de tránsito; sin embargo, en el medio rural es un lugar de encuentro, de interacción social, incluso de reunión. En el medio urbano las personas se mueven en la calle muy deprisa, sin reparar en los demás, sin que este comportamiento sea considerado como una descortesía. Los rurales, por el contra-

rio, se desplazan de forma mucho más lenta, ya que en ningún momento pueden obviar a los otros. Cuando en el medio rural una persona sale a la calle está obligada a hablar con los demás, y si no lo hace se interprete como un signo de desprecio y de descortesía. El que uno tenga prisa por llegar a un lugar determinado no es en las áreas rurales una excusa razonable para detenerse a hablar con los demás, o cuando menos, a saludar. La calle es en los pueblos el principal espacio de interacción social, es el espacio en el que se inicia la relación social de cada día entre el individuo y el cuerpo social. Las mujeres, cuando van de paso a la compra, conversan con las mujeres; los niños juegan con los niños; los adultos se entretienen, se saludan y se interesan por sus cosas. Incluso, hay espacios, por ejemplo la solana o la plaza, que son auténticos lugares de reunión.

“Aquí, sales de paseo, con cualquiera, con el primero. Me cuesta pasar esta calle más de diez minutos. En Logroño coges, sales de casa y no hablas con nadie. Pero aquí algunos días cuanto nos gusta hablar, y con críos más todavía”.
(G.3: 6)

Otro tanto sucede con el tiempo. Frente al carácter monótono del tiempo en el medio urbano, en el medio rural el tiempo es polítono. En las áreas urbanas el tiempo transcurre de forma bastante monótona; no existen diferencias importantes, excepto las marcadas por los cambios estacionales o climáticos, o las debidas a la diferencia entre el ocio y el negocio. Además, el tiempo está muy compartimentado. Cada una de las actividades que el urbano tiene que realizar a lo largo del día se circunscriben a un horario preciso, de modo que es prácticamente imposible prescindir del reloj. El asalariado de la industria, o de los servicios, tiene un mismo horario todos los días del año al que tiene que ajustarse de forma mimética y repetitiva. Por el contrario, en el medio rural, el tiempo es polítono. Existen períodos en los que el tiempo pasa muy despacio, como el invierno, cuando hay tiempo de sobra para realizar las tareas agrícolas, o se acortan las horas de trabajo de otras actividades; mientras en otros períodos, la primavera o el verano, el tiempo pasa muy deprisa, el agricultor dispone de un espacio temporal muy corto para la realización de un elevado volumen de tareas, o se alarga la jornada en las actividades no agrarias. En el medio rural, y sobre todo en la agricultura, las actividades no se circunscriben a horarios fijos. Están supeditadas principalmente a condiciones climatológicas concretas.

Frente al férreo horario en el que se encuadra la vida urbana y a la

estricta regulación de tiempo, la vida rural transcurre al margen de horarios; el individuo tiene una mayor libertad para disponer del tiempo a su antojo.

“Por mucho trabajo que tengas, si quieres tomarte un día libre... En la ciudad manda más el horario que aquí... Por eso digo yo, aquí en los pueblos si un día quieres faltar, eres tu dueño.... Aquí, no hay horario.” (G.6: 2)

VI. ALGUNAS CONNOTACIONES ESPECÍFICAS DE LA CULTURA RURAL

La cultura rural es una cultura de contrastes. Los rurales suelen ser ahorradores; pero al mismo tiempo les gusta hacer ostentación de su riqueza a través de gastos desmesurados en cosas muy visibles (una boda, una casa, un coche, etc.). El medio rural es un espacio donde el individuo aparece enfrentado a un férreo control social; pero también se está produciendo un incremento de la permisividad de cierto tipo de conductas que en el pasado estuvieron totalmente censuradas. El principal problema de las áreas rurales es la falta de empleo para los jóvenes; pero el joven rural comienza a trabajar antes, dispone de más dinero y es más pluriactivo que el urbano. Uno de los principales inconvenientes de la vida rural para los jóvenes es la soledad y la ausencia de diversión durante gran parte del año; pero, en determinados períodos los jóvenes encuentran una gama amplia y diversa para matar el tiempo libre.

VI.1. Ahorro y austeridad frente a consumo ostentoso

En el medio rural está fuertemente arraigada una cultura del ahorro y de la austeridad. Esta cultura tiene unas raíces más profundas en las personas de mayor edad, y está muy relacionada con el carácter irregular de los ingresos procedentes de la agricultura. Frente al carácter regular y periódico de los ingresos del empleado en otros sectores económicos (industria, construcción o servicios); el agricultor, aunque en un determinado año haya tenido unos ingresos muy elevados, siempre tiene la incertidumbre del futuro. La volatilidad de los precios agrarios, la dependencia de las condiciones climatológicas, la irregularidad de las cosechas, la imprevisión de ciertos gastos, hacen que sienta la necesidad de ir acumu-

lando un determinado volumen de dinero para prevenir posibles situaciones de emergencia. Por este motivo rehuye todo gasto que se considera superfluo. Esta situación ya no afecta del mismo modo a los trabajadores que tienen un sueldo fijo; se sienten mucho más libres para gastar, y no están tan angustiados por la inseguridad que se cierne sobre el futuro.

“Todo depende de la economía familiar; si es agrícola o depende de un sueldo fijo. Si dependen de la agricultura exclusivamente miran muchísimo el dinero, por aquello de que, este año vamos muy bien; pero, ¿el que viene? En cambio, el que tiene agricultura a tiempo parcial, que son más de la mitad, entonces se ve que esos “dan más aire”. Son capaces alguna vez de irse a cenar con la mujer. En el verano cogen algunas mini-vacaciones. Pero, el agricultor neto, el que está dedicado completamente a la agricultura, ese tiene miedo siempre. Y se están forrando.” (G.2: 14)
“Somos más austeros los de los pueblos a la hora de gastar, porque si viene una piedra, o un año de mala cosecha, tienes que tener un remanente. La prueba es que no nos hemos ido de vacaciones nunca.” (G.5: 15)

En el caso de los mayores es donde la cultura del ahorro y austeridad llega hasta sus puntos más extremos. Aunque las personas mayores de las áreas rurales tienen un importante volumen de ahorro y unos ingresos regulares, son totalmente reticentes a la realización del más mínimo gasto. Incluso personas que tienen dificultades para valerse por sí mismas y tienen dinero suficiente para pagar a una persona que les pudiera ayudar, prefieren seguir haciéndolo ellas mismas para reducir el número de gastos (García Sanz, 1997: 228-231).

“El tema de la ayuda a domicilio y todas estas cosas; pues bueno, hay gente que no tiene hijos, que tiene sobrinos; pues, que les atienden menos; pues, se podían gastar dinero en una persona que les atendiese, y prefieren dejar ese dinero a los sobrinos en herencia antes de gastárselo para que una persona les atienda.” (G.2: 21).

“En el otro pueblo que llevo..., casi todos son jubilados y ahí son gente ahorradora, gastar no gastan, porque han estado acostumbrados toda la vida a no gastar.” (G.4: 10)

Por otra parte, junto a esta cultura del ahorro también aparece un con-

sumo ostentoso. En las áreas rurales el consumo es un medio de reafirmar el propio estatus social. Por ello no se entiende el consumo que carece de visibilidad y de permanencia. El consumo sólo se entiende cuando es visible y los demás lo pueden ver; es permanente y tiene una duración larga en el tiempo. En este sentido, no se comprende el gasto realizado en unas vacaciones, ya que es algo inmaterial y carece de duración en el tiempo. El periodo de vacaciones se acaba y no permanece nada de ello. El extremo del absurdo para un rural sería pedir un préstamo para ir de vacaciones; esto significaría gastar el dinero en un bien que no es útil, y un signo de debilidad social ante los demás.

“Es que piden dinero para ir de vacaciones, o para la boda de la hija o el bautizo. Mira, eso yo lo veo mal.” (G.4: 1,4)

Por el contrario, el rural siente necesidad de afirmar su estatus en la comunidad mediante el consumo que le dé un cierto reconocimiento social. Por eso no se ponen límites cuando se celebra una boda, se compra un coche, un tractor, o se reforma la vivienda. En estos casos se gasta sin medida, aunque por lo general la gente no se suele endeudar. Estos suelen ser los momentos en los que se pretende dar la verdadera medida de la familia rural.

“Construyes una casa, y esa casa está... Me hago un pabellón, de acuerdo, me he gastado ahí ocho o diez millo- nes, pero ese pabellón está ahí. Pero unas vacaciones no, porque se evapora, se va.” (G.2: 17)

En el caso de los agricultores, existe una sobre-mecanización de las explotaciones. Esto se debe en gran parte a la necesidad que se tiene de reafirmar el estatus propio, sobresaliendo sobre los demás en la adquisición de bienes de un elevado valor económico. Muchas veces la escasa dimensión económica de las explotaciones hace que inevitablemente la maquinaria agrícola esté infrautilizada. Sin embargo, es muy frecuente que el agricultor, cuando mecaniza su explotación, no tenga únicamente en cuenta las necesidades reales de la misma, sino otras circunstancias que poco o nada tienen que ver con la explotación, como el tipo de maquinaria que ha adquirido el vecino. Esto conduce a graves disfunciones económicas, ya que esa inversión, además de ser más cara, se ajusta peor a las necesidades de la explotación. Pero, para el agricultor, frecuentemente,

esas disfunciones económicas se ven de sobra compensadas con el valor que adquiere ese consumo de bienes ostentosos para reafirmar su propio estatus dentro de la comunidad rural.

“La que pasa, en cuanto ha habido cuatro perras, los labradores..., a cambiar esto, a cambiar lo otro, y a parte de mejorar, si el otro es de ochenta caballos éste lo compra de ochenta y cinco.” (G.4: 11)

Esto mismo sucede con la compra de otros bienes de gran visibilidad como un coche o una casa. Cuando se adquiere un coche, no se selecciona el que mejor se ajusta a las propias necesidades, sino, uno que destaque sobre el del vecino. Cuando se hace una casa, tampoco se piensa en la funcionalidad; se intenta que destaque, que tenga algo que no tienen las demás. Una casa es un bien para mostrar; así, muchas veces se hacen salones que se amueblan, y que luego no se utilizan, pero se pueden mostrar. La casa, además de ser el lugar donde se habita, es la manifestación máxima de lo que uno tiene, y en gran medida, de lo que uno es. Por ello, el rural se siente orgulloso de mostrar su casa cuando ésta es ostentosa; es una manera de mostrar y realzar su estatus. Por ello, no se considera un derroche gastarse una suma importante de dinero en decorar o amueblar una determinada habitación, que luego no va a tener ninguna función práctica.

“Nos invitaron hace años a una casa a verla recién hecha... Nos enseñaron previamente la casa, tenía dos cuartos de baño, tenía un salón enorme..., y la niña “que me meo, que me meo” y tal y le cogió la dueña y le dijo: “ven aquí”, la llevó a la cuadra, y allí meó. ¿Para qué tienes dos wateres?... Tenía unas habitaciones ostentosas, de lo más horteras, con unos marcos, con unos cuadros, que parecía el Louvre.” (G.2: 17).

“Vas a comprarte un coche, y se compran unos cochazos de la leche.” (G.4: 12).

Finalmente, una diferencia clara entre los rurales y los urbanos es la utilización que hacen del crédito. En el medio urbano es muy frecuente endeudarse, no únicamente para adquirir bienes de un coste económico alto, como una vivienda o un coche, sino, también para adquirir otros bienes de un menor valor. El rural es muy reacio a esta práctica, a no ser que

resulte absolutamente necesario. Si se tiene que hacer una determinada reforma en la casa, y no se tiene dinero para ello, se espera a que vengan tiempos mejores, pero no se pide un crédito. Lo mismo sucede cuando hay que comprar un coche, se espera hasta que se pueda pagar al contado. No obstante, como hemos comentado, no suele carecer de aquellos bienes que se estima necesarios y que empiezan a ser expresión de cierto prestigio social.

“Si no tienes, por ejemplo, y dices: “bueno, yo este año voy a poner la calefacción”. Si no tienes el medio millón o las seiscientas; pues, pasas frío y no la pones.” (G.5: 18)

“Al comprarse un tractor o una maquinaria. No se sabe, pero muchos. Seguramente la mayoría, al “tracatrà”, la mayoría.” (G.6: 10 y 11)

VI.2. Control social frente a permisividad

Posiblemente la diferencia más visible entre el medio rural y las áreas urbanas es el fuerte control social todavía existente en los pueblos. Frente al anonimato del individuo de la gran ciudad, el pequeño tamaño poblacional de las áreas rurales, donde todos se conocen entre sí, contribuye a establecer un estricto control sobre las conductas públicas e incluso privadas. Sin embargo, la otra cara, son los lazos de solidaridad, la unión ante las situaciones de dolor, o la disponibilidad para hacerse favores.

“Evidentemente control hay, evidentemente control si que existe; pero, es lo que hemos dicho antes, sopesando una cosa y otra me quedo con lo bueno. Puede más lo bueno, que el saber que estás vigilado, que estás controlado... Entonces, si que hay personas a quienes les agobia. Chico, a mí no me agobia la manera de vivir aquí, que a veces viene incluso muy bien, porque cuando ven que son horas extrañas, se preocupan de si te habrá pasado algo” (G.2: 3 y 4)

“Controlados estamos más o menos todos, controlados... En el pueblo igual más. Te van a censurar más. Porque en el pueblo sabemos de que pie cojeamos más o menos... Te conoces más.” (G.5: 8 y 9)

Sin embargo, frente a este control social y censura de las conductas que no se ajustan a la norma, se va imponiendo cierta permisividad respecto a determinadas conductas, que no tienen una visibilidad inmediata. Se pasa por alto cierta permisividad de una sexualidad velada fuera del matrimonio, aunque, si es visible, es fuertemente censurada.

“La sexualidad no tiene tanta influencia si no es visible. Si es visible si tiene una influencia... La relación sexual, si no tiene pun, que va a dar a luz; o sea, si no se queda embarazada tiene menos influencia.” (G.1: 5).

En este sentido ya están comenzando a encontrar una cierta aceptación, o al menos ya no son objeto de un rechazo frontal, conductas que un pasado próximo no eran aceptadas. Se comienzan a establecer parejas de hecho, no únicamente entre jóvenes, sino, incluso, entre jubilados, para no perder la pensión de viudedad, imponiéndose los criterios económicos sobre los morales-religiosos.

“En un pueblo de doscientos habitantes hay dos parejas. Dos parejas que se han juntado, y además es que coinciden en que son de muy iglesia, y viudos los dos.” (G.1: 5)

“Ya están apareciendo realmente parejas que no están unidas por ningún vínculo, se hacen comentarios... Quizás hace veinte años esto no pasaba así.” (G.2: 5)

“Ahí tienes a mi cuñado que está viviendo con la novia, o como se quiera llamar, y no está casado. Eso también va evolucionando. Es que eso ha cambiado mucho.” (G.3: 20 y 21).

Por otra parte, existen determinadas conductas que encuentran un grado más amplio de tolerabilidad. Se permite trasnochar tanto a los jóvenes como a los niños durante días señalados, pero se reprueban estas conductas en situaciones normales.

“Mira, en cuestión de tolerar salidas, trasnochadas, y todo eso, yo veo que se es más liberal en el pueblo que en la capital; por ejemplo, en Logroño. Aquí hay una tradición de que de toda la vida hemos ido a la fiesta de los pueblos y hemos venido cuando hemos podido..., y yo también lo hacía de joven, entonces hay mucha tolerancia.” (G.2: 9).

“Hay días en concreto al año que está totalmente abierta la puerta. El día de los quintos, ese día ya te pueden quemar el pueblo, que los quintos son sagrados. El día de la fiesta de los mozos o en su defecto la fiesta de los casados, ya pueden hacer o unos u otros “cosas”, que también ese día hay bula.” (G.2: 10).

Aunque cada vez se tiene menos en cuenta el que dirán, sigue ejerciendo su influencia y se acepta como un marco de comportamiento moral que sólo excepcionalmente se podría violar. Obviamente todo esto afecta mucho menos a los jóvenes que a los mayores, y mucho más a las mujeres que a los hombres, aunque todos se sienten condicionados por los comentarios.

“En los pueblos nos hemos quitado el complejo ese de que hablen de tí. Antes la gente tenía más en cuenta eso de que dirá el vecino. Pero ahora, hombre, te importa, pero...” (G.3. 7).

“Yo creo que cuanta más gente joven haya en los pueblos eso (el control social) ya menos importa” (G.3: 19).

“A los jóvenes nos importa menos lo que digan, a mí me apetece ir a tomar un café y me voy, y si la vecina habla; pues mira, que se meta en su casa..... Cada vez más hacemos lo que nos da la gana.” (G.3: 20).

VI.3. Ofertas de empleo limitadas frente a pluriactividad

El problema más grave de las áreas rurales, y que en el pasado condujo al vaciamiento de éstas, es la falta de oportunidades laborales para los jóvenes, y especialmente para las mujeres. Si en el pasado existió el mito de la vida urbana como cualitativamente superior a la vida rural, actualmente los rurales comienzan a valorar la calidad de vida de este medio como superior a la de las grandes urbes. Sin embargo, el problema es la falta de empleo. Incluso los jóvenes encuentran más atractivo el pueblo que la ciudad, en el caso de contar con un empleo asegurado.

“Todos tienen que ir a trabajar. Entonces, claro..., si tengo que desplazarme mucho con el coche, igual me compensa más ir a la ciudad, pero, no se van contentos. No, no,

me voy a una capital y parece como que subes de estatus. Ahora piensan al revés se marchan forzados. Antes había más pensamiento de que se vivía mejor en una capital. Antes se vivía mejor en las capitales; pero, ahora ya no.” (G.3: 7)

“Yo pienso que si encuentras trabajo en el pueblo es lo mejor. Lo malo es encontrar trabajo. Pero, si lo encuentras.” (G.3: 15).

Esta falta de empleo contrasta con la mayor disponibilidad de dinero. En los pueblos los jóvenes empiezan a trabajar muy pronto, incluso durante la edad escolar, ayudando a sus padres. Todo esto les permite tener una cierta independencia económica desde una edad muy temprana. Por otra parte, cuando el joven rural adquiere un empleo extra-agrario, suele complementar las rentas extra-agrarias con rentas agrarias, lo que incrementa notablemente su disponibilidad económica.

“En los bares (Ciudad) lo notan cuando bajan los de los pueblos. La gente que tiene dinero es la gente de los pueblos. Es que aquí en un pueblo se puede trabajar mejor que en la capital... La gente de los pueblos tiene la posibilidad de trabajar en las fábricas y llevar el campo. Es que se trabaja más, es que tenemos dos jornales.” (G.3: 10).

VI.4. Uso del tiempo libre de forma irregular frente a formas de diversión planificadas

Dos son las diferencias que grosso modo distinguen la cultura rural de la urbana respecto al uso del tiempo libre o en cuanto a las formas de organizar la diversión; la primera una oferta muy limitada respecto a las cosas que se pueden hacer durante este tiempo, y la segunda está relacionada con el modo de divertirse.

El fuerte envejecimiento de la población rural y el despoblamiento hacen que haya una oferta muy restringida de diversión, sobre todo para los más jóvenes y en períodos no estivales ni vacacionales; esto en parte se puede suplir saliendo fuera del pueblo, pero es ya un pequeño inconveniente, que sólo se supera de forma no habitual.

“Es que no hay diversión, y ellos mismos se tienen que marchar fuera. Es que aquí no hay ninguna. Yo tengo un

niño de quince años y no puede estar aquí. Ahora, en este tiempo, hay tres o cuatro chavales para estar.” (G.6: 3)

“Nuestro pueblo es pequeño, y claro allí es que echamos en falta la gente, porque los niños se ven muy aislados... Quitando los fines de semana que va la gente y en vacaciones, es que se ven muy solos. Entonces yo me veo con un problema, pero gordo.” (G.5:7)

“El inconveniente de los pueblos es el invierno, que no sales. Hay meses que no se puede hacer nada.” (G.3: 9)

Esto cambia durante los períodos estivales y vacacionales. Durante este tiempo se incrementa la población, y muchos pueblos rurales se convierten en centros de atracción y de diversión. Junto a las formas tradicionales de diversión, muy vinculadas a la comida y a las reuniones de amigos, se crean otras, más de carácter urbano, bien de forma habitual o bien de carácter esporádico, siempre muy relacionadas con alguna fiesta, que dan opción, tanto a los jóvenes como a los niños, a pasar muchas horas fuera de casa, con el consentimiento y anuencia de los mayores.

“La diversión de aquí es completamente distinta a la de las ciudades. Yo tengo un hijo que allí no sale de casa, y aquí no entra”. (G.6: 11)

“Los que vienen de fuera, por ejemplo, que tienen casas aquí, en verano están más tiempo por aquí. Ahora nos quedamos tristes porque no vienen más que un poco los fines de semana.” (G. 6: 12).

“En cuestión de tolerar salidas, trasnochadas, y todo eso, yo veo que se es más liberal en el pueblo que en la capital.” (G.2: 9)

“Un niño aquí, en un pueblo, se puede quedar perfectamente hasta las once o las doce de la noche por ahí... Sin embargo, en una capital...; aunque estén de vacaciones tienen que salir del brazo de su madre.” (G5: 6).

VI.5. Pragmatismo electoral frente a posiciones ideológicas

Los rurales, especialmente la población campesina, ha sido y sigue siendo en sus opiniones, actitudes y juicios de derechas; es decir, se identifican más con los programas políticos que defiende la derecha que con la

de otras opciones políticas. Sin embargo, esta posición no se ha correspondido del todo con el voto, ni con la toma de posiciones ideológicas refrendadas por un partido.

El campesinado tiene ante sí dos formas de enfrentarse a la política, una ideológica y otra pragmática o deferente, como la ha calificado el profesor Pérez Díaz (1996). Ideológicamente, muestra ciertos signos que le posicionan en la derecha como: aceptación reticente de la democracia, rechazo del aborto y del divorcio, defensa a ultranza de la propiedad, resistencia a las innovaciones, etc; todo ello le da una autoubicación ideológica, según las encuestas, de 5,7 puntos sobre 10, frente a 4,7 ó 4,8 que corresponde a la media del electorado (Gómez Benito y otros: 1999,73).

Pragmáticamente, optará por aquellas fuerzas políticas que cree van a defender mejor sus intereses (García Sanz, 1996b), independientemente de que estén más cerca, o más alejadas, de su posición ideológica. Un reciente trabajo (Gómez Benito y otros, 1999) ha demostrado que en los últimos diez años, elecciones de 1986 y 1996, el voto de los agricultores prácticamente no ha variado, o lo ha hecho ligeramente a favor de PSOE. Durante este período, el PSOE ha perdido siete puntos, que en parte han ido a parar al PP, pero este descenso no se ha notado entre los agricultores. Esta tendencia, incluso más acentuada, ha afectado también al mundo rural, que no sólo no ha retirado su confianza al PSOE, sino que la ha ido incrementando.

La contradicción existente entre el mundo de las ideas y el de la praxis política se explica en cierto sentido por el individualismo familiar campesino. Si bien el campesinado ha participado históricamente de ciertas formas de cooperación, su experiencia en este campo ha sido relativamente escasa, habiendo primado las formas de actuación individual. El campesino vive como suya su familia, e incluso su comunidad local, pero se siente extraño o en oposición a otras comunidades. En la sociedad campesina, como ha señalado Andrés Barrera (1991: 236-246), el grupo doméstico configura el primer espacio vital del individuo, es un ámbito primordial de relación y experiencia, confiriéndole, asimismo, identidad. Pero, la otra comunidad, en la que el campesino no participa ni controla, tiene cada vez más fuerza, generando unos efectos ambiguos sobre las estructuras agrarias campesinas y sobre la propia comunidad rural. Esta otra sociedad se identifica con el mercado, con la compra de inputs agrarios, con los políticos y sus decisiones, con las estrategias de subvenciones y ayudas que promueven, con la vida en la ciudad, con una nueva concepción del ocio, aspectos que escapan a su control. Todo ello tiene mucho que ver con los problemas que le preocupan y con su solución. Por ello buscará algún mecanismo que le permita defenderse, tratando de encontrar, generalmente, una buena relación con el gobierno.

Esto hace que los campesinos estén siempre de parte del poder, si éste no es excesivamente reticente a sus demandas. Pueden ser críticos con el gobierno de turno, e incluso, no participar de su ideología; pero se someterán a él porque, según ellos, es el único valedor de sus intereses. Esto nos lleva a definir al campesinado siguiendo a Almond y Verba (1970) en términos de súbdito y no de ciudadano. Por lo tanto, la conducta electoral debe quedar disociada de la acción política en sentido estricto, pues este colectivo ha sabido separar la acción práctica, que busca soluciones inmediatas a los problemas concretos, de la acción global representada por la lucha de los partidos.

En conclusión, el individualismo y la falta de organizaciones con capacidad para afrontar el reto de la nueva sociedad, cada vez más compleja y más competitiva, han llevado a los campesinos hacia una cierta inhibición ante los problemas de la sociedad y los suyos propios, delegando la solución de los mismos en una fuerza superior y externa, el Estado, concretado en los gobiernos de turno.

Si bien la mentalidad rural-campesina tiene un carácter de permanencia, no sucede lo mismo con la estrategia electoral que cambia según las opciones que la sociedad toma en cada momento. Las diferentes encuestas sitúan a los campesinos en el centro-derecha; sin embargo, su estrategia electoral ha venido basculando entre centro-derecha, que representó, en su día la UCD, hasta la socialdemocracia, representada por el PSOE. Pero su estrategia electoral es claramente mutable, y los campesinos, lo mismo que variaron su posición electoral en el pasado, pueden también hacerlo en el futuro.

VII. CONCLUSIONES

Durante las últimas décadas se han multiplicado los intercambios entre el medio rural y el urbano, lo que ha conducido a un cierto grado de urbanización de la sociedad rural, entendido el término "urbanización" como la asimilación de ciertos rasgos característicos de la cultura urbana. La relación de géneros está cambiando, el control social no es tan rígido como en el pasado, la estructura social se está homogeneizando, etc. Sin embargo, en este proceso el medio rural español no ha perdido sus rasgos idiosincrásicos, pudiendo diferenciarse una cultura rural, con rasgos característicos propios que la distinguen de la cultura urbana. Es más, los habitantes del medio rural son cada vez más celosos de sus señas de identidad, y prestan una mayor atención e interés por preservar los elementos que configuran su cultura. Así, no solamente no se ocultan ciertas formas,

que hasta hace unos años parecían anacrónicas y obsoletas, sino que están cobrando una nueva vitalidad (García Sanz, 1999: 22 y 23).

Los rurales no son mucho más religiosos que los urbanos; pero, en el medio rural, la religión o el rito religioso, es un elemento estructurante de la vida social y un factor que mantiene en cohesión a la sociedad. En el medio rural la escisión de géneros está mucho más marcada, y no se nota que se hagan grandes esfuerzos por superarla. Otro tanto sucede con la política y la economía, ámbitos en los que la presencia de las mujeres es todavía muy marginal. Por el contrario, el campo de lo cultural-educacional está muy feminizado. El volumen de interacciones sociales, la intensidad de las mismas y el nivel de comunicación interpersonal es mucho más elevado, lo que se traduce en un mayor grado de solidaridad. Frente al carácter monótono del tiempo urbano el tiempo en el medio rural es polítono. Las áreas rurales son, por otra parte, espacios de igualación social. En el pasado sí que existieron claras segmentaciones sociales delimitadas por la propiedad de la tierra. Sin embargo, actualmente, estas segmentaciones se han ido diluyendo, quedando una estructura social muy uniforme. Finalmente, frente al ideologismo político del comportamiento electoral de los urbanos, la estrategia electoral de los rurales es eminentemente pragmática.

Por otra parte, el medio rural es un espacio de contrastes donde se mezclan la austeridad y el consumo ostentoso, el control social y la permisividad, la falta de empleo y la pluriactividad, la falta y abundancia de diversión, etc. La austeridad forma parte de la cultura rural; pero el consumo ostentoso es un mecanismo a través del cual el rural reafirma su estatus social dentro de su medio. El pequeño tamaño de las áreas rurales determina un elevado grado de control social; pero, en determinados aspectos y fechas, los rurales son más permisivos que los urbanos. Las oportunidades de empleo son más escasas, pero el joven rural es más pluriactivo y adquiere una cierta independencia económica antes que el urbano. El fuerte trasvase poblacional a las ciudades, producido en décadas anteriores, ha conducido a un fuerte envejecimiento de los pueblos, que repercute en el marco de las relaciones de los jóvenes con gente de su misma edad. Sin embargo, el medio rural ha incrementado notablemente su atractivo como lugar de ocio, sobre todo en días señalados y en los fines de semana.

Finalmente, es necesario subrayar el interés de los habitantes del medio rural por preservar su identidad cultural, hecho que se ha traducido en la recuperación de tradiciones y costumbres, tanto de carácter religioso, como laico. Mediante este proceso el rural intenta descubrir sus propias raíces diferenciando los elementos idiosincrásicos y los aspectos peculiares de la comunidad a la que pertenece.